

EL "VIEJO CASO" BERTOLT BRECHT

II

MUTTER COURAGE (1)

Mucho se ha hablado en Europa y poco en España de la obra de Bertolt Brecht.

Consideremos, en primer término, que la aparente indiferencia de los grupos españoles, más o menos especializados, sobre «Madre Coraje», obedece más que a razones político-sociales a situaciones de conciencia vital. No sabemos aún si, para bien o para mal, España desconoce los horrores europeos de 1914-18 y 1939-45. Conoce, es cierto, otros. Los producidos en «nosotros mismos» por «nosotros mismos».

Cuando la hecatombe se produce en el exterior, en Europa, ¿el español está curado de espanto o ignora la máxima violencia? La verdad es que las guerras mundiales no son las guerras de España. Y España continúa siendo un poco indiferente respecto a Europa.

Empero el grito de «¡Maldita sea la guerra!» es y debe ser válido para mover a todas las conciencias a reflexión, y suficiente para estudiar dichas piezas teatrales situadas por encima de doctrinas.

La peripecia descansa en el conflicto político-religioso de la Guerra de los Treinta Años (2). Surge inmediatamente el drama social y el autor, hábilmente, lleva el juego a su terreno. No le importa el individuo, el héroe. (Muerto el mariscal Tilly, Madre Cora-

je pregunta a un castrense si no cree que la guerra debe terminar. «¿Porque se fué el mariscal? No sea usted infantil. De tales se encuentran una docena. Siempre hay héroes»). Le importa a Brecht la comunidad destrozada, el contendiente de uno y otro bando, católicos y luteranos, sumidos en un infierno de fuego y muerte, de angustia, de incertidumbre, de provisionalidad. Le importa el hombre, identificado en ambas líneas de combate, las lágrimas, el dolor, las pasiones, las virtudes, las miserias y la gloria.

Madre Coraje es una mujer vulgar. No puede ser una heroína, un nombre. Es solamente una pieza anónima y circunstancial de las que hacen posible el existir del héroe.

Madre Coraje va impelida, zarrandeada por la guerra misma y no se la puede pedir que se sustraiga a ella.

Sería pedirnos que nos trasladásemos a otro planeta con nuestro propio impulso.

Al final, al comienzo, cuando queremos, Madre Coraje se dispone simplemente, y únicamente, a vivir. No puede hacer otra cosa, no le queda otra cosa que existir después de ver a su hijo muerto. No puede *alejarse*, perderse, transmutarse, ser una santa, un predicador, imitar a su hija Katrin, ser como Ivette una daífa.

Madre Coraje tiene que ser ella mis-

ma. Tirando de un carro pasa sobre la guerra indiferente, despreocupada, vendiendo o cambiando mercancías, sin pensar, sin analizar ya todo aquel horror que la circunda, que ella no ha provocado y que va eliminando a los hijos. Lo puramente existencial hace su aparición. Ya todo consiste en sobrevivir lo mejor posible y sin complicaciones. El sistema neuro-vegetativo se alía con el materialismo-realista, sin reaccionar por actitudes activas. Esta posición dió origen al disgusto del P. C., al no resolver Brecht la cuestión por las vías doctrinarias del partido.

Al final, Katrin, muerta cuando redoblaba el tambor desde un tejado para avisar a la ciudad que iba a ser atacada, es recogida por la Madre.

No había para Katrin banderas. Simplemente su madre estaba en la ciudad.

Unas balas la acribillan. La Madre la entierra. Después se seca el sudor, se unce al carro y sigue tirando de él.

La obra, desde el día de su estreno, hizo concebir sobre ella un éxito clamoroso (3). Sucedió así, pero los temores de Brecht sobre una censura abierta del partido fueron mucho mayores, ya que la obra que el creía más adicta fué rechazada con mayor violencia. Ocurría esto en Marzo de 1951, al celebrarse la quinta reunión plenaria del

